

YAMILIA

CHINGUIZ AITMÁTOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS  
DE MARTA SÁNCHEZ-NIEVES FERNÁNDEZ



A mis coetáneos, crecidos del capote de nuestros  
padres y hermanos mayores



Aquí estoy de nuevo ante el pequeño cuadro de marco sencillo. Mañana, bien pronto, tengo que ir al *ail*,<sup>1</sup> a mi pequeña aldea. Contemplo el cuadro largo y tendido, lo miro fijamente, como si pudiera ofrecerme sus buenos deseos para el viaje.

Es un cuadro que nunca he llevado a ninguna exposición. Es más, cuando viene a verme la familia del *ail*, intento esconderlo bien. No tiene nada de vergonzoso, pero dista mucho de ser un ejemplo de arte. Es sencillo, como sencilla es la tierra en él representada.

De fondo, el borde de un cielo otoñal marchitándose. Por encima de una sierra lejana, el viento persigue unos nubarrones tordos y veloces. En primer plano, una estepa de artemisa rojo alazán. Y el camino negro, sin secar después de las recientes lluvias. Se apretujan en el arcén matorrales de *chi*<sup>2</sup>

---

1 Pequeña aldea de tipo nómada o seminómada entre los pueblos kirguises y altaicos y, por extensión, se llaman así los pueblos y aldeas agrícolas de Kirguistán.

2 Nombre común de la especie *Achnatherum*.

secos y partidos. En las rodadas se extienden las huellas de dos viajeros. Cuanto más lejanas, más débiles se marcan en el camino, mientras que los propios caminantes parecen estar a punto de dar un paso más y salirse así del marco. Uno de ellos... Bueno, me estoy adelantando un poco.

Sucedió en tiempos de mi temprana juventud. Corría el tercer año de la guerra. En los lejanos frentes, en algún lugar cerca de Kursk y de Oriol, combatían nuestros padres y hermanos, y nosotros, todavía unos adolescentes que rondábamos los quince años, trabajábamos en el *koljós*. El duro trabajo diario del campo caía sobre nuestras espaldas sin fortalecer. Era especialmente intenso en los días de siega. Pasábamos semanas enteras fuera de casa y desaparecíamos día y noche en el campo, en la era o en el camino al apeadero al que se transportaba el grano.

Uno de esos días de calor bochornoso, cuando las hoces parecían llegar a la incandescencia de tanto segar, en el camino de regreso del apeadero, con la carreta ya sin carga, decidí pasar un momento por casa.

Justo al lado de un vado, en el pequeño cerro donde acababa la calle, había dos propiedades rodeadas por una sólida duba. Alrededor de la hacienda se alzaban unos álamos. Y nuestras casas. Desde tiempos remotos nuestras dos familias habían vivido en vecindad. Yo soy de la Casa Grande. Tengo dos hermanos, los dos son mayores que yo, los dos están

solteros, los dos han partido al frente y hace mucho que no tenemos noticias de ninguno.

Mi padre, un viejo carpintero, a primera luz entonaba su azalá y se iba a la hacienda común, a la carpintería. Regresaba bien avanzada la tarde. En casa se quedaban mi madre y mi hermanita.

En la hacienda vecina o, como la llamaban en el *ail*, la Casa Pequeña, vivía nuestra familia más cercana. Nuestros bisabuelos, o puede que fueran los tatarabuelos, eran hermanos carnales, y yo los sigo llamando cercanos porque vivíamos como una única familia. Ya era habitual en tiempos del nomadismo, cuando nuestros antepasados montaban juntos el campamento y juntos reunían los hatos. Esta tradición la hemos continuado también nosotros. Cuando la colectivización llegó al *ail*, nuestros padres se organizaron con los vecinos. Bueno, no solo nosotros, también toda la calle Arálskaia, que se extendía entre dos ríos a lo largo del *ail*: todos somos miembros de la misma tribu, todos procedemos del mismo clan.

Poco después de la colectivización murió el cabeza de familia de la Casa Pequeña. Su mujer se quedó sola con dos hijos de corta edad. Siguiendo una vieja costumbre del *adat*<sup>3</sup> del clan, y que todavía entonces se observaba en el *ail*, no se podía dar de lado a una viuda con hijos, así que los miembros de nuestra tribu la casaron con mi padre. Por lo demás, estaba obligado por su deber ante los espíritus de los

---

3 Código que recoge las costumbres y tradiciones preislámicas de algunos pueblos del Cáucaso y de Asia Central.

antepasados, puesto que era el pariente más cercano del difunto.

Y así, nos apareció una segunda familia. La Casa Pequeña mantenía su propia economía, con su hacienda y su ganado, pero, en el fondo, vivíamos juntos.

La Casa Pequeña también había enviado al ejército a sus dos hijos. El mayor, Sadyk, se había marchado al poco de casarse. Recibíamos cartas de los dos, cierto que con muchas interrupciones.

En la Casa Pequeña se quedaron la madre, a quien yo llamaba «kichi-apa» —madre pequeña— y su nuera, la mujer de Sadyk. Las dos trabajaban de la mañana a la noche en el *koljós*. Mi madre pequeña —una mujer buena, complaciente e inofensiva— no les iba a la zaga a los jóvenes en el trabajo, ya hubiera que excavar un nuevo *aryk*<sup>4</sup> o regar; resumiendo: manejaba la azada con soltura. El destino, a modo de recompensa, le había enviado una nuera trabajadora. Yamilia encajaba bien con madre, era infatigable y hábil, pero de carácter un poco diferente.

Yo sentía un enorme cariño por Yamilia. Y ella lo sentía por mí. Éramos muy amigos, pero no nos atrevíamos a llamarnos por nuestro nombre. De haber pertenecido a familias diferentes, la habría llamado Yamilia, claro. Pero la llamaba «dzhene», como esposa de mi hermano mayor que era, y ella a mí «kichine bala», niño pequeño, aunque yo ya no era pequeño y la diferencia de edad entre nosotros no era muy grande. Pero así estaba establecido en

---

4 Acequia en los pueblos de Asia Central y la Transcaucasia.



los *ail*: las nueras llaman *kichine bala* o *kaini* a los hermanos pequeños del marido.

Mi madre se ocupaba de la intendencia de las dos casas. La ayudaba mi hermana, una niña graciosa que adornaba con hilos sus pequeñas trenzas. Nunca podré olvidar con qué diligencia trabajó en esos difíciles días. Era ella quien pastoreaba los corderos y los terneros de ambas casas más allá de los huertos; era ella quien recogía el estiércol y la chamarasca para que en casa siempre hubiera combustible; era ella, mi hermanita de nariz chata, quien hacía más llevadera la soledad de mi madre, distrayéndola de los pensamientos sombríos sobre sus hijos desaparecidos.

Nuestra gran familia le debía la abundancia y la armonía en casa a mi madre. Era la ama y señora absoluta de ambas haciendas, la guardesa del hogar familiar. Siendo muy joven entró en la familia de nuestros antepasados nómadas y después veneró su memoria dirigiendo las familias con toda justicia. En el *ail* la tenían por la ama más respetable, escrupulosa y ducha. Mi madre disponía todo en casa. A mi padre, a decir verdad, los habitantes del *ail* no lo reconocían como el cabeza de familia. Más de una vez había oído a la gente decir a propósito de algún tema: «Sí, sí, pero es mejor que no vayas a ver al *ustake* —es nuestra forma respetuosa de referirnos a un maestro artesano—, él solo sabe de su hacha. Allí la madre mayor es quien pone la cabeza, ve a verla a ella, es más fiable...».